

pieza á declinar, para dejar al monte Tauro echar sus raíces en las llanuras de Alejandreta.

Unas veces las cordilleras del Líbano se alzan casi perpendicularmente sobre el mar, con pueblecillos y grandes monasterios suspendidos sobre sus precipicios, otras se separan de la playn, forman inmensos golfos y dejan verdosas marcas ó linderos de arena dorada entre ellas y las olas. Numerosas velas surcan aquellos golfos y van á abordar á las muchas radas que hay en la costa. El mar presenta allí la tinta mas azul y sombría, y aunque casi siempre hay marejada, las olas, que son grandes y anchas, ruedan formando vastos pliegues sobre las arenas y reflejan las montañas como un espejo sin mancha: aquellas olas derraman por todas partes en la costa un murmullo sordo, armonioso, confuso, que sube hasta bajo la sombra de las vides y de los algarrobos, y llena las campiñas de vida y sonoridad. A mi izquierda, la costa de Berut era muy baja, y la formaba una continuidad de pequeñas lenguas de tierra alfombradas de verdura y defendidas de las olas solamente por una línea de peñascos y arrecifes cubiertos casi todos de ruinas antiguas. Mas léjos, colinas de arena roja como la de los desiertos de Egipto, avanzan como un cabo y sirven de reconocimiento á los marinos; en la cúspide de ese cabo se ven las anchas copas en forma de quitasol de un bosque de pinos de Italia, y la vista deslizándose en-

tre sus troncos diseminados, va à descansar en las laderas de otra cordillera del Líbano, y hasta en el promontorio a avanzado en que estaba fundada la ciudad de Tiro (Hoy Sour).

Cuando me volvía hácia el lado opuesto al mar, veía los altos minaretes de las mezquitas, como columnas aisladas, alzarse en el aire azul y ondeante de la mañana; las fortalezas morunas que dominan la ciudad y cuyos muros rajados dan raiz a un bosque de plantas rastreras, de higueras silvestres y de alelíes; luego los almenages ovalados de las murallas; luego las cimas iguales de los campos plantados de moreras; aquí y allí los techos horizontales y las paredes blancas de las quintas ó de las cabañas de los ganaderos sirios; y en fin, mas allá las convadas praderas de las colinas de Berut, bases todas de pintorescos edificios, de conventos griegos, de conventos de maronitas, mezquitas turcas, y alfombradas de follage y de espacios cultivados como las mas fértiles colinas de Grenoble ó de Chambery. Por fondo de todo esto, siempre el Líbano; el Líbano que toma mil curvas, que se agrupa en gigantescas moles, que derrama sus grandes sombras ó hace relumbrar sus altas nieves sobre todas las escenas de aquel horizonte.



La misma fecha.

He pasado el dia entero recorriendo las cercanías de Berut, y buscando un sitio de reposo para establecer en él una casa.

He alquilado cinco casas que forman un grupo, y que reuniré por medio de escaleras de madera, galerías y pasadizos. Aquí cada casa no se compone más que de una cueva que sirve de cocina, y de una pieza en donde duerme toda la familia, por numerosa que sea: en un clima como este, la verdadera casa es el tejado construido en forma de azotea: allí es donde las mugeres y los niños pasan el dia, y muchas veces la noche. Delante de las casas, entre los troncos de algunas moreras ó de algunos olivos, el árabe construye un fogon con tres piedras, y allí es donde su muger le hace la comida: se tiende una estera sobre un palo que va desde la tapia de la casa hasta las ramas del árbol, y debajo de aquel sotechado se evacuan todos los quehaceres. Las mugeres casadas y las muchachas están allí todo el dia sentadas en el suelo ocupadas en peinar sus largos cabellos, en trenzarlos, en lavar sus velos, tejer sus sedas, dar de comer á sus gallinas, ó jugar y departir unas con

otras, como en nuestros lugares del mediodía; los domingos por la mañana, se reunen las muchachas en las puertas de las cabañas.

La misma fecha, por la tarde.

Todo el dia se ha empleado en descargar el bergantin y en llevar de la ciudad á nuestra casa de campo los bagages de nuestra caravana. Cada uno de nosotros tendrá su cuarto: un ancho campo de moreras y de naranjos se estiende al rededor de las cinco casas reunidas, y ofrece á cada uno algunos piès de terreno para pasear delante de la puerta, y un poco de sombra para respirar. He comprado esteras de Egipto y alfombras de Damasco, para que nos sirvan de camas y de divanes. He hallado carpinteros árabes muy activos y diligentes que ya han puesto manos á la obra para hacernos puertas y ventanas, y esta noche irémos ya á dormir en nuestra nueva habitacion.

8 de Septiembre, 1832.

Nada mas delicioso que la mañana que sigue á la primera noche que hemos pasado en nuestra casa. Nos hemos hecho llevar el almuerzo á la mas



ancha de nuestras azoteas, y hemos reconocido con la vista todas las cercanías.

La casa está à diez minutos de la ciudad, y se llega á ella por senderos sombreados de inmensos áloes que dejan pender sus espinosos higos sobre la cabeza de los transeuntes: se siguen algunos arcos antiguos, y una inmensa torre cuadrada, construida por el emir de los drusos, Fakardin, torre que sirve hoy de atalaya á algunos centinelas del ejército de Ibrahim-Bajà, que desde allí observan toda la campiña; luego se pasa entre los troncos de las moreras y se llega á un grupo de casas bajas, escondidas entre los árboles y flanqueadas por un bosque de limoneros y de naranjas. Esas casas son irregulares, y la de enmedio se alza como una torre cuadrada sobre las demas. Los tejados de todas esas casillas comunican por medio de algunas gradas de madera, y forman así un conjunto bastante cómodo para huéspedes, que acaban de pasar tantos dias en el entrepuente de un buque mercante.

A unos cien pasos de nosotros, el mar avanza en el continente, y visto desde aquí, por cima de las verdes copas de los limoneros y de los áloes, parece un hermoso lago interior, ó un ancho rio del que no se ve mas que un pedazo. Algunas barcas árabes están ancladas en él y se balancean blandamente sobre sus insensibles ondulaciones. Si subimos á la azotea superior, ese hermoso lago se

convierte en un inmenso golfo, cerrado á un lado, por el castillo moruno de Berut, y á otro, por las inmensas y sombrías paredes de la cordillera de montes que corre hácia Trípoli; pero enfrente de nosotros, el horizonte se estiende mas; empieza por correr sobre una llanura de tierras admirablemente cultivadas, salpicadas de árboles que cubren enteramente el suelo y de casas semejantes á la nuestra, que elevan sus tejados como otras tantas velas blancas sobre un oceano de verdura; luego se estrecha entre una larga y graciosa colina, en cuya cima un convento griego ostenta sus paredes blancas y sus cúpulas azules; algunas copas de pinos quitasoles estienden sus ramas, un poco mas arriba, hasta sobre las mismas cúpulas del convento. La colina descende por escalones sostenidos con tapias de piedra, y en que se ven bosques de olivos y de moreras: el mar va á bañar los últimos escalones: luego se separa, y una segunda llanura mas distante se comba y se abre para dejar pasar un rio que serpentea mucho tiempo entre bosques de verdes encinas, y va á lanzarse en el golfo que sus aguas amarillean hácia las márgenes. Esta llanura no remata sino en las doradas faldas de las montañas. Estas montañas no se elevan de un solo golpe: empiezan por enormes collados, semejantes á inmensos peñones, unos redondos, otros cuadrados; un poco de vegetacion cubre sus cimas, y cada una de ellas sostiene ó un monasterio, ó una



aldea, que refleja el resplandor del sol y atrae las miradas. Las laderas de los collados relucen como oro; son unas paredes de arcilla amarillenta, rajadas por los terremotos, y cada partícula de las cuales refleja y vibra la luz. Encima de esos primeros collados, las gradas del Líbano se ensanchan á tal punto, que hay mesetas de una ó dos leguas, —desiguales, partidas, surcadas de barrancas; de profundos cauces de torrentes, de negras gargantas en que se pierde la vista. Despues de esas mesetas, empiezan á alzarse casi perpendicularmente las altas montañas; sin embargo, se ven las manchas negras de los cedros y de los pinos que las cubren, y algunos conventos inaccesibles, algunos lugares desconocidos que parecen inclinados sobre sus derrumbaderos. En la cumbre mas aguda de esa segunda cordillera, multitud de árboles, que parecen gigantescos, forman como una cabellera rala sobre una frente calva. Desde aquí se distinguen sus desiguales y dentadas copas, que parecen almenas sobre lo alto de una ciudadela.

Détras de esas segundas cordilleras se alza en fin, el verdadero Líbano: no se puede distinguir si sus vertientes son rápidas ó suaves, si están peladas ó cubiertas de vegetacion: la distancia es demasiado grande. Sus vertientes se confunden, en la trasparencia del aire, con el aire mismo, del que parece que forman parte; no se ve mas que la reverberacion ambiente de la luz del sol, que

las rodea, y sus crestas inflamadas que se confunden con las nubes purpurinas de la mañana y que flotan como islas inaccesibles en las olas del firmamento.

Si nuestras miradas bajan de ese sublime horizonte de las montañas, no hallan por do quiera donde posarse, como no sea sobre magestuosas gavillas de palmeras, plantadas aquí y allá en la campiña junto á las casas de los árabes, sobre las verdes ondulaciones de las copas de los pinos *Laryx*, sembrados como ramilletes de verdura por el llano, ó en las vertientes de las colinas, sobre los setos de nópalos ó de otros frutales, cuyas pesadas hojas caen como decoraciones de piedra sobre las tapias bajas que sostienen los terrados. Esas mismas tapias están á tal punto entapizadas de líquenes en flor, de yedras, de parrizas, de plantas bulbosas, esmaltadas de flores de todos matices, de racimos de todas formas, que no se pueden distinguir las piedras con que están labradas;—son unas verdaderas paredes de verdura y de flores.

En fin, junto á nosotros, dos ó tres casas semejantes á las nuestras, y medio cubiertas por las copas de naranjos en flor y llenos de fruto, nos ofrecen esas escenas animadas y pintorescas que son la vida de todo paisage. Varios árabes sentados sobre esteras fuman en los tejados de las casas; algunas mugeres se asoman á las ventanas para vernos, y se esconden cuando notan que las



miramos. Debajo de nuestra misma azotea, dos familias árabes, padres, hermanos, mugeres y niños, comen á la sombra de un pequeño plátano en el dintel de sus casas, y á pocos pasos mas allá, debajo de otro árbol, dos jóvenes sirias, de incomparable hermosura, se están vistiendo á la vista de todos y cubren su cabello de flores blancas y coloradas: una de ellas tiene el pelo tan largo y tan espeso que la cubre enteramente, como las ramas de un sauce lloron cubren todo el tronco; solo se ven, cuando sacude aquella ondeante melena, su hermosa frente y sus ojos radiantes de inocente contento, que penetran un instante aquel velo natural. Parece que goza de ver nuestra admiración; le echo un puñado de *gharis*, moneditas de oro con que las mugeres sirias se hacen collares y brazaletes ensartándolas con un cabo de seda:—junta las manos y las pone sobre su cabeza para darme gracias, y entra en la estancia baja para enseñárselas á su madre y á su hermana.

12 de Setiembre, 1832.

Habib-Bárbara, griego sirio, establecido en Beirut y vecino nuestro, nos sirve de dragoman, es decir, de intérprete. Agregado como tal hace veinte años á los diferentes consulados de Francia,

habla el frances y el italiano, y es ademas uno de los hombres mas amables é inteligentes que he encontrado en mis viages: sin su asistencia y la de M. Jorelle, hubiéramos tenido mil dificultades para completar nuestro establecimiento en Siria: uno y otro nos proporcionan criados, unos griegos, y otros árabes:—compro primeramente seis caballos árabes de segunda raza, y los instalo, como hacen las gentes del pais, al sol, en un prado, delante de la puerta, sujetas las piernas en una argolla de hierro y atados á una estaca clavada en el suelo. Hago levantar una tienda junto á los caballos para los *sais* ó palafreneros árabes. Estos hombres parecen buenos é inteligentes; por lo que hace á los caballos, á los dos dias nos conocen y nos siguen como perros. Habib-Bárbara nos presenta á su muger y á su hija, á quien va á casar dentro de pocos dias: nos convida á la boda, y curiosos de observar una boda siria, aceptamos, y Julia prepara sus regalos para la novia. Yo le regalo un relojito de oro de que he traído provision para casos de esta especie, y ella añade á mi agasajo una cadenita de perlas. Montamos á caballo para reconocer las cercanías de Beirut: madama Jorelle lleva un soberbio potro árabe, con arreos de terciopelo azul, chapado de plata; pretal de bollos del mismo metal labrado que ondean formando guirnaldas y resuenan sobre el pecho del bizarro bruto. M. Jorelle me vende uno de sus caballos para



mi muger; mando hacer sillas y frenos árabes para catorce caballos.

A cosa de media legua de la ciudad, por la parte del Levante, el emir Fakardin ha plantado un bosque de pinos quitasoles en un prado arenoso, que se estiende entre el mar y la llanura de Bagdhad, lindo pueblecillo árabe situado al pié del Líbano; se dice que el emir plantó ese magnífico bosque para oponer una barrera á la invasion de las inmensas colinas de arena roja que se alzan un poco mas léjos y amenazaban sepultar á Berut, y todos sus ricos plantíos. El bosque es verdaderamente soberbio; los troncos de los árboles tienen sesenta y ochenta piés de altura, y estienden de uno á otro sus anchas copas inmóviles que cubren de sombra un espacio inmenso; mil senderos de arena se deslizan entre los troncos de los pinos y ofrecen un piso suavísimo á las pisadas de los caballos. Lo restante del terreno está cubierto de una ligera alfombra de césped sembrada de florecillas de un color rojo brillantísimo; las cebollas de flor de jacintos silvestres son tan gordas, que no se aplastan bajo las herraduras de los caballos. Por entre las columnatas de esos troncos de pinos, se ven á un lado los blancos y rojizos mogotes de arena que ocultan el mar, al otro la llanura de Bagdhad y el curso del rio en esa llanura, y una punta del golfo, semejante á un pequeño lago, tan bien ceñido está por el horizonte de las tierras, y las doce

ó quince aldeas árabes sembradas en las últimas faldas del Líbano, y en fin, los grupos del Líbano, que forman el último término de esta escena. La luz es tan trasparente y el aire tan puro que se distinguen, á muchas leguas de elevacion, las formas de los cedros ó de los algarrobos sobre las montañas ó las grandes águilas que nadan, sin mover las alas, en el oceano del éter. Este bosque de pinos es sin duda el punto mas magnífico que he visto en mi vida. El cielo, las montañas, las nieves: el horizonte azul del mar, el rojo y fúnebre horizonte del desierto de arena; las serpeantes líneas del rio; las copas aisladas de los cipreses; los racimos de las palmeras esparcidas por las campiñas; el gracioso aspecto de las cabañas cubiertas de naranjos y de vides, cuyas ramas y cuyos vástagos caen sobre los tejados; el aspecto severo de los altos monasterios maronitas formando grandes manchas de sombra ó anchos rios de luz en las cinceladas laderas del Líbano; las caravanas de camellos cargados de géneros de Damasco, que pasan silenciosamente entre los árboles; los grupos de pobres judíos montados en burros, que llevan dos chicos en cada brazo; las mugeres embozadas en velos blancos, á caballo, andando al son del pífan y del tamboril, rodeadas de una multitud de chiquillos vestidos de ropas coloradas bordadas de oro, y que van bailando delante de sus caballos;



algunos ginetes árabes corriendo el *dgerid* (1) al rededor de nosotros en ligeros caballos cuyas crines barren literalmente la arena; varios grupos de turcos sentados delante de un café de enramada y fumando sus pipas ó haciendo oracion; un poco mas léjos las desiertas colinas de arena sin fin que se tiñen de oro á los rayos del sol de la tarde, y donde el viento levanta nubes de polvo inflamado; en fin, el sordo bramido del mar, que se mezcla al armónico son del viento en las copas de los pinos y al canto de millares de pájaros desconocidos:—todo esto ofrece á la vista y al pensamiento la mezcla mas sublime, mas dulce y mas melancólica, juntamente, que jamas ha embriagado mi alma. Iré con frecuencia á ese bosque.

16 de Septiembre, 1832.

Hemos pasado todos estos dias en el placer del conocimiento general que teniamos que adquirir de los hombres, de las costumbres, de los sitios, y en los entretenidos pormenores de un establecimiento en el seno de un pais enteramente nuevo. Nuestras cinco casas se han convertido, con la asistencia de nuestros amigos y de los menestrales árabes, en una especie de *villa italiana*, como las que tan

(1) Juego parecido al de *correr cañas*.—N. del T.

deliciosamente hemos habitado en las montañas de Luca ó en las costas de Liorna, en otros tiempos. Cada uno de nosotros tiene su cuarto y una sala, precedida de un terrado lleno de flores, es el centro de reunion. En él hemos hecho poner divanes, y colocar en estantes nuestra biblioteca del buque; mi muger y Julia han pintado al fresco las paredes, han colocado sobre una mesa de cedro sus libros, sus bastidores, sus almohadillas, y todas esas chucherías de señora que adornan, en Londres y en Paris, los veladores de mármol y de caoba; allí nos reunimos en las horas ardientes del dia, porque por la tarde nuestro salon es la azotea, y en ella recibimos las visitas de todos los europeos á quienes el comercio con Damasco, cuya escala es Berut, fija en este hermoso pais. El gobernador egipcio Ibrahim-Bajá, ha venido á ofrecernos con una cortesía y una cordialidad mas que europeas, su proteccion y sus servicios para nuestra residencia en [el campo, y para los viages que queramos emprender. Hoy le he tenido á comer; es persona que no haria un papel desairado en ninguna reunion de hombres. Antiguo soldado del bajá de Egipto, tiene á su amo, y sobre todo, á Ibrahim, aquel amor absoluto, aquella ciega confianza en su fortuna, que recuerdo haber observado en otro tiempo en los generales del emperador Bonaparte; pero ese amor y esa confianza de los turcos, tienen algo de mas patético y noble, porque son



hijos de un sentimiento religioso y no de un interés personal. Ibrahim-Bajá es el destino, es Alá para sus oficiales; Napoleon no era mas que la gloria y la ambicion para los suyos. Ha bebido con gusto vino de Champaña, y se ha prestado á todos nuestros usos como si nunca hubiera conocido otros; las pipas y el café tomados repetidas veces, nos han entretenido toda la tarde. Le he entregado una carta para Ibrahim-Bajá, en que le anuncio la llegada de un viagero europeo al pais sometido á sus armas, y le pido la proteccion que debe esperarse de un hombre que pelea por la causa de la civilizacion europea. Ibrahim pasó hace poco tiempo por aquí con su ejército; ahora está por la parte de Homs, ciudad grande entre Alepo y Damasco, en el desierto; ha dejado pocas tropas en Siria; las principales ciudades, como Berut, Saido, Jafa, Acre, Trípoli, están ocupadas, de acuerdo con Ibrahim, por los soldados del emir Beschir, ó gran príncipe de los drusos, que reina sobre el Líbano. Este príncipe no ha resistido á Ibrahim, ha abandonado le causa de los turcos, en apariencia á lo ménos, despues de la toma de San Juan de Acre por Ibrahim, y confunde sus tropas con las del bajá. Si Ibrahim fuese batido en Homs, el emir Beschir podria cortarle la retirada y acabar con los restos del ejército egipcio. Este príncipe, hábil y guerrero, reina bace cuarenta años sobre todas las montañas del Líbano: ha fundido en un so-

lo pueblo á los drusos, los metualis, los maronitas, los sirios y los árabes que viven bajo su dominio; tiene hijos, guerreros como él, á quienes envia á gobernar las ciudades que le ha confiado Ibrahim; uno de sus hijos está acampado á un cuarto de milla de aquí, en la llanura que linda con el Líbano, con quinientos ó seiscientos ginetes árabes. Irémos á verle, pues nos ha enviado un emisario para felicitarnos por nuestra llegada.

Un árabe me contaba hoy la entrada de Ibrahim en la ciudad de Berut. A corta distancia de la puerta, miéntras atravesaba una hondonada, cuyos lados están cubiertos de plantas rastreras y de arbustos entretregidos, salió de entre las malezas una serpiente enorme y se adelantó lentamente, rastreando sobre la arena, hasta debajo de los piés del caballo de Ibrahim; el caballo, asustado, se puso de manos, y como algunos esclavos que seguian á pié al bajá se precipitaron para matar á la serpiente, Ibrahim les hizo ademan de que se estuviesen quedos y desenvainando su alfange, cortó la cabeza del reptil que se esgrimia contra él, y holló su cuerpo bajo los piés de su caballo: la multitud prorumpió en un grito de admiracion, é Ibrahim, la sonrisa en los labios, prosiguió su camino, muy contento de aquella circunstancia, que es un seguro agüero de la victoria entre los árabes. Este pueblo no ve ningun accidente de la vida, ningun fenómeno natural, sin atribuirle un



sentido profético y moral: — ¿es un recuerdo confuso de aquella primera lengua mas perfecta que entendian en otro tiempo los hombres, lengua en la que toda la naturaleza se esplicaba por medio de toda la naturaleza? ¿Es una vivacidad de imaginacion, mas grande, que busca entre las cosas correlaciones que no le es dado percibir? No sé, pero me inclino á la primera interpretacion; la humanidad no tiene instintos sin motivos, sin objeto, sin causa; el instinto de la adivinacion ha atormentado á todas las edades y á todos los pueblos, sobre todo á los pueblos primitivos, luego la adivinacion ha debido ó podria tal vez ecsistir; pero es una lengua cuya clave ha perdido el hombre al salir de aquel estado superior, de aquel Eden del que todos los pueblos conservan una tradicion confusa: entónces sin duda, la naturaleza hablaba mas alto y mas claro á su espíritu; el hombre concebía la oculta relacion de todos los hechos naturales; y su encadenamiento podia conducirle á la percepcion de verdades ó de sucesos futuros, porque el presente es siempre el gérmen generador é infalible del porvenir: — no se trata mas que de verle y de comprenderle.

17 de Septiembre, 1832.

Siempre continuamos la misma vida: el dia se pasa en hacer y recibir visitas de árabes y de francos, y en recorrer los deliciosos alrededores de nuestro retiro: — hemos hallado las mas amables bondades en los cónsules europeos de Siria, concentrados todos en Berut á causa de la guerra. El cónsul de Cerdeña, el señor Bianco; el de Austria, el señor Laurella; los cónsules de Inglaterra, MM. Farren y Abost, nos han puesto en muy poco tiempo, en relacion con todos los árabes que pueden ayudarnos en nuestros proyectos de viages por el interior. Es imposible hallar mejor acogida y mas hospitalidad. Algunos de estos caballeros habitan hace muchos años la Siria y están en relacion con familias árabes de Damasco, de Alepo, de Jerusalem, las cuales las tienen con los principales gefes de los árabes de los desiertos que vamos á recorrer; así vamos formando anticipadamente una cadena de recomendaciones, de relaciones y de hospitalidad sobre diferentes líneas que podrian conducirnos hasta Bagdad.

M. Jorelle me ha proporcionado un excelente dragoman ó intérprete en la persona de M. Mazoyer, jóven de origen frances, pero que, nacido y



criado en Siria, está muy versado en la lengua árabe y en los varios dialectos de las regiones que vamos á recorrer. Desde hoy se instala en mi casa, y le entrego el gobierno de toda la parte árabe de mi servidumbre. Compónese esta de un cocinero árabe de Alepo, llamado Abulias; de un jóven sirio del país, llamado Elías, que por haber servido ya á algunos cónsules, sabe un poco de italiano y de frances; de una doncella siria, que habla tambien el frances, y que servirá de intérprete para las mugeres; en fin, de cinco ó seis palafreneros griegos, árabes y sirios, destinados á cuidar nuestros caballos, á clavar las tiendas y á servirnos de escolta en nuestros viages.

La historia de nuestro cocinero árabe es demasiado singular para que no conservemos su memoria.

Era cristiano, jóven è inteligente; habia establecido en Alepo un pequeño comercio de tegidos del país, que él mismo iba á vender montado en un borrico, entre las tribus de árabes errantes que van los inviernos á acamparse en los llanos de las inmediaciones de Antioquía. Su comercio prosperaba, pero como su calidad de infiel le daba algunas inquietudes, juzgó acertado asociarse con un árabe mahometano de Alepo. Ganó con la asociacion su comercio, y Abulias se halló, al cabo de pocos años, uno de los mercaderes mas acreditados del país; pe-

ro estaba enamorado de una jóven griega-siria, no querian concedérsela sino á condiccion de dejar á Alepo y de ir á establecerse en las cercanías de Saide, donde vivia la familia de su hermosa querida, y fuéle preciso liquidar su caudal, con cuyo motivo se suscitó una quimera entre los dos socios para el repartimiento de las riquezas adquiridas entre ambos. El árabe mahometano tendió una emboscada al pobre Abulias; apostó testigos ocultos que, en una disputa con su asociado, le oyeron blasfemar de Mahoma, crimen mortal para un infiel: Abulias fué conducido á presencia del bajá y condenado á la horca.

Ejecutóse la sentencia, pero habiéndose roto la cuerda, el pobre Abulias cayó al pié del patíbulo, y lo dejaron por muerto en la plaza de las ejecuciones de muerte. Como los parientes de su novia habian obtenido que se les entregase el cadáver para enterrarle, con arreglo á los ritos de su religion, se llevaron el cuerpo á su casa, y advirtiéndole que Abulias daba señal de vida, le hicieron volver en sí, le escondieron en un sótano por algunos dias, y enterraron un ataúd vacío para no dar ninguna sospecha á los turcos; pero estos se habian maliciado la superchería, y de nuevo fué preso Abulias una noche, en el momento en que se escapaba por las puertas de la ciudad. Llevado á presencia del bajá, contóle como se habia salvado, independientemente de toda voluntad de su



parte, y el bajá, en virtud de un contesto del Corán, que era favorable al acusado, le ofreció la alternativa de ser ahorcado segunda vez, ó hacerse turco. Abulias prefirió esto último y practicó por algun tiempo el islamismo. Luego que se olvidó su aventura y no quedó duda de la sinceridad de su conversion, halló medio de escaparse de Alepo y de embarcarse para Chipre, donde de nuevo se hizo cristiano: casóse con la muger á quien amaba, púsose bajo la proteccion de los franceses, y pudo volver impunemente á Siria, donde continuaba su tráfico de buhonero, entre los drusos, los maronitas y los árabes. Este era el hombre que necesitábamos para viajar por aquellos países. Su habilidad en punto á cocina consistia en encender lumbré en el campo con arbustos espincosos ó boñiga seca de camello; en colgar una olla de cobre de dos estacas que se cruzan en su estremidad superior, y en hacer cocer arroz y gallinas, ó pedazos de carnero, en dicha olla. Tambien calienta en el fogon guijarros redondos, y cuando están casi incandescentes, los baña con una pasta de harina de cebada que él mismo amasa, y ese es nuestro pan.

17 de setiembre, 1832.

Hoy la muger y la hija de un jeque árabe de las cercanías han convidado á mi muger y á Julia á pasar el dia en el baño, que es la diversion de las mugeres del Oriente entre sí: un baño se anuncia con quince dias de anticipacion, como un baile en Europa. He aquí la descripcion de esa fiesta, tal cual me la ha hecho mi muger.

Las salas de baño son un sitio público cuya entrada les está vedada á los hombres todos los dias hasta cierta hora, para reservársele á las mugeres y todo el dia, cuando se trata de un baño para una novia, como el que voy á describir. Las salas están escasamente alumbradas por pequeñas claraboyas, cubiertas de vidrios iluminados; su pavimento es de mármoles de varios colores, trabajados con mucho primor: tambien las paredes están cubiertas de mármoles formando mosaicos, ó esculpidos en molduras ó columnillas moriscas. En esas salas el calor está graduado;—las primeras, á la temperatura del aire exterior, las segundas tibias, las otras sucesivamente mas calientes hasta la última, en que el vapor del agua casi hirviendo se alza de las cubas ó pilones, llenando el suelo de un insoportable calor. En general, no